

# Jesucristo No Puede ser Burlado

por: Charles Haddon Spurgeon

*Mas ellos no se cuidaron, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios. Mat. 22:5.  
(Léase toda la parábola de las bodas: Mateo 22:1-14).*

El hombre no ha cambiado desde los días de Adán; es el mismo hoy que entonces. En su constitución física es absolutamente el mismo, como lo prueban los esqueletos humanos de los siglos pasados, que ofrecen una identidad perfecta con los de nuestra época. Su ser moral sólo ha sufrido muy ligeras modificaciones; de suerte que cuanto se ha escrito del hombre en los anales del pasado, podríase escribir del actual. ¡Nada hay nuevo debajo del sol! Aparte de algunas diferencias exteriores y superficiales, encuéntranse los mismos tipos, y los mismos caracteres que los que existieron en las edades más remotas.

Así es que hay todavía hombres exactamente iguales a los que el Salvador nos retrata en las pala-bras de nuestro texto: *Mas ellos no se cuidaron, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios*, sin cuidarse en modo alguno de las gloriosas realidades del evangelio. Este es el importante tema, estimados hermanos, sobre el cual deseo hablaros hoy. Según mi parecer, la indiferencia por las cosas espirituales, así como el desprecio de Cristo y su obra, constituyen el pecado más enorme de que el alma humana se puede hacer culpable. Y aunque debido a esto tenga que sufrir la acusación de los que pretenden ser más sabios que la Palabra escrita, de que quiero exaltar sobradamente la libertad del hombre, colocándome en el terreno de la legalidad, deseo preveniros contra este pecado y deciros con toda la energía de que soy capaz, que de ningún modo será tolerado quien se burla de Cristo y de su gracia.

Tengo, sin duda, ante mí en este instante a muchas almas a quienes se aplican las palabras del texto. ¡Pueda ya dirigirme a ellas de una manera incisiva y penetrante a la vez! Y a todos vosotros, hermanos míos en Jesús, que conocéis el arte celestial de la oración, os suplico que os unáis a mí para pedir al Señor se digne hacer eficaces mis palabras, de tal suerte que puedan llevar frutos de justicia para la salvación de muchas almas.

Leamos, pues, de nuevo, nuestro texto: *Mas ellos no se cuidaron, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios*.

## I.

En primer lugar preguntémonos *¿de qué no se cuida el pecador?*

Los súbditos del rey no se cuidaron ni de la amable invitación del soberano; ni del festín que había preparado en honor del casamiento de su hijo; ni tan siquiera de los delicados manjares que se les ofrecía y de los cuales se privaron voluntariamente. Igual sucede con las almas que no responden a los llamamientos de Cristo ni se adueñan de la salvación cumplida por él: desprecian abiertamente el glorioso banquete de la gracia al cual el Padre celestial las invita. Bien sé que aquí tocamos cuestiones candentes. ¡Quiera, pues, el mismo Espíritu Santo ser nuestro guía!

Tomada la parábola por base de nuestras consi-deraciones, observamos en primer lugar, que los pecadores no tienen en cuenta el mensaje que los siervos les trajeron de parte de su amo, al decir: "Todo está preparado, venid." Los que habían sido convidados a las bodas, despreciaron a aquellos servidores del rey; pues en lugar de seguirles sin demora, se fueron uno a su labranza, y otro a sus negocios. Asimismo sucede con todo aquél que desatiende la gran salvación traída por Jesucristo al mundo: a la vez desprecia la invitación y al ministro del evangelio encargado de anunciársela. Y pensadlo bien, mis queridos oyentes, esto no es una pequeña ofensa a los ojos de Dios. Porque nuestra gran nación de seguro se consideraría justamente insultada, si alguien se

atrevería a desdeñar a algunos de sus embajadores; y por lo tanto estad seguros que del mismo modo el Rey del cielo es insultado, cada vez que tratáis con desdén a los embajadores que os envía. Pero, después de todo, esto es comparativamente de poca importancia, porque los embajadores, al fin y al cabo, son hombres como vosotros, y si los desdeñáis y vuestras injurias van sólo contra sus personas, ellos os perdonan de todo corazón y de consiguiente el mal no será muy grande.

Mas, los invitados de nuestra parábola despreciaron también el *festín*. Algunos, aparentemente, se imaginaron que los animales engordados y demás manjares de la mesa real, no debían ser mejores que las provisiones que tenían en su casa. "¡Bien insensatos seríamos, diríanse sin duda, si por una cena suspendiéramos los quehaceres de nuestro negocio o bien los trabajos de nuestros campos!" Y, tú, pecador, cuando desprecias la gran salvación de Dios, ¿sabes bien lo que haces? Pues ultrajas el evangelio de la salvación, tienes por una cosa vana la fe que justifica, pisoteas bajo tus pies la sangre de Jesús, rechazas el Espíritu Santo y te apartas del camino del cielo. ¡Promesas de la alianza eterna, dulzuras de la comunión de Cristo, bienes inefables preparados por Dios para los que le aman, hartura de gozo reservada a los que habrán venido del banquete de las bodas del Cordero, nada de todo esto vale en tu estima ni un solo deseo, ni un esfuerzo, ni un solo sacrificio! ¡Ah!, es cosa grave y sería burlarse del evangelio; porque en esta buena nueva, en este testamento de Dios, hállase concentrado todo lo que la naturaleza humana necesita, todo lo que las mismas almas glorificadas son susceptibles de recibir. ¿Qué? ¿Despreciar el santo evangelio de Dios? ¡Cuánta aberración! ¡Qué acto de demencia! Desprecia las estrellas, que la mano de Jehová ha sembrado en el espacio, y lamentaré tu locura. Desprecia esta tierra creada por Dios, con sus bellas montañas, con sus límpidas corrientes, con sus verdes praderas, y te llamaré un pobre insensato. Mas, si desprecias el evangelio de Cristo, si no tienes en cuenta las invitaciones de la gracia, en verdad te digo que eres mil veces más insensato que aquél que no puede ver ningún resplandor en el sol, ningún encanto en el astro de la noche, ni esplendor en el firmamento estrellado. Sí, pisotea bajo tus pies, si te place, las magnificencias de la creación; mas te suplico que te acuerdes que, menospreciando la salvación del evangelio, desprecias la obra maestra del Creador, que ha costado más trabajo a su alma que el crear miles de mundos, puesto que ha sido llevada a cabo al precio de la sangre de su Hijo.

Pero todavía hay más. Los invitados de la parábola no hicieron caso del *hijo del rey*, pues que se celebraban sus bodas, y el rehusar la participación en la cena, constituía una injuria dirigida contra aquél para cuyo honor estaba preparada, mostrando de este modo una gran falta de atención y respeto por el Hijo amado del padre. Y, tú, pecador, rehusando el evangelio te mofas igualmente del Hijo del Rey; te burlas de Cristo, de este Cristo ante quien los querubines se postran en adoración; de este Cristo a cuyos pies el arcángel mismo considera como un honor echar su corona; de este Cristo cuyas alabanzas hacen resonar continuamente las bóvedas de los cielos; de este Cristo que su Padre honra por encima de toda criatura, puesto que le llama: *Dios sobre todas las cosas, bendito eternamente*. ¡Ah, sí, que es una cosa seria burlarse del evangelio, y cosa muy terrible burlarse de Cristo! Ultraja al hijo de un monarca de la tierra, y sentirás los efectos de la cólera del rey; desprecia al Hijo del Monarca del cielo, y el Padre sabrá vengar muy bien en un gusanillo, cual eres tú, el insulto hecho a su Hijo. Por mi parte, mis queridos oyentes, me parece que es un pecado, imperdonable no, es claro, pero lo más monstruoso de todo cuanto podemos decir, esto de tratar al Señor Jesucristo con desdeñosa indiferencia. Jesús, querido Salvador de mi alma. cuando te veo luchar en Gethsemaní, sudando gotas de sangre, me prosterno, exclamando: "Oh, divino Redentor, herido por mis rebeliones, ¿puedese hallar en el mundo un pecador tan vil que no te haga caso?" Cuando te contemplo magullado y ensangrentado, bajo los malditos azotes de los soldados de Pilato, me pregunto: "¿Puede haber un alma tan endurecida que desprecie un Salvador tal?" Y cuantío en el Calvario te veo clavado al madero, muriendo en las torturas y lanzando este lúgubre grito:

"¡Elí, Eí! ¿lama sabachthani?" (¡Dios mío, Dios mío!! ¿Por qué me has desamparado?), me pregunto todavía: "¿Es posible, oh Víctima santa, burlarse de tu cruz?..." ¡Ay, sí! Esto es posible. Pero desgraciados los que así desprecian al Príncipe de Paz, al Hijo del Rey de gloria. Sí, desgraciados: porque si no hubiesen cometido otro crimen, éste sería suficiente, por sí solo, para echar sobre sus cabezas la condenación eterna. Oh, menospreciador de Jesús, te suplico que consideres lo que haces: piensa que insultas al solo ser que puede salvarte, al que sólo puede sostenerte en medio de las olas del Jordán; al único que puede abrir ante ti las puertas del paraíso y recogerte en su cielo. Que ningún predicador ligero, que ningún *decidor de cosas agradables* te persuada que puedes, sin cometer un delito, burlarte de Cristo. ¡Tiembra, pecador, tiembra, te digo! Porque si no te arrepientes, te hallarás envuelto en la terrible destrucción reservada a los enemigos del unigénito Hijo de Dios.

Pero hay más todavía. Los invitados de la parábola no hicieron caso *del Rey* que les invitó a la cena. Y, tú, pecador, cuando rehúas las invitaciones de la gracia, sepas que injurias a Dios mismo. Por otra parte, hay en el mundo muchas gentes que objetan: "Nosotros no creemos en Cristo, pero veneramos al Dios creador y conservador de la humanidad. Hacemos poco caso del evangelio, tampoco espera-mos, en verdad, ser lavados en la sangre de Jesús, ni salvados a la manera de los partidarios de la gracia; pero estamos lejos de despreciar a Dios: somos deístas y nuestra religión es la religión natural." He aquí mi respuesta a los tales: En tanto que negáis al Hijo, insultáis al Padre; puesto que, quien desprecia al Hijo, desprecia también a aquél que le dio el ser; y por consiguiente, quien desprecia al unigénito Hijo de Dios, desprecia al mismo Jehová. Porque habéis de entender que, fuera de Cristo, no hay religión digna de este nombre, no siendo vuestra pretendida religión natural otra cosa que una ilusión y un engaño. Todo lo más que podrá ser, si fuere, es un vano refugio del hombre que no es bastante leal para declararse enemigo de Dios, ya que aquel que no reconoce en Cristo al Hijo de Dios y al Salvador de los hombres, insulta al Altísimo y cierra la puerta del cielo. No se puede amar al Padre sino por el Hijo, y no se puede rendir al Padre un culto agradable, sino por Jesucristo, el gran Mediador de la nueva alianza. Vosotros, pues, que habéis despreciado el evangelio, habéis despreciado, a la vez, al Dios del evangelio; vosotros que os habéis burlado de las doctrinas de la revelación, os habéis burlado del autor de esta revelación; vosotros que habéis denigrado el mensaje de salvación, os habéis insurreccionado contra el Rey del cielo. Vuestras blasfemias y vuestros sarcasmos no han caído solamente sobre la Iglesia de Cristo, han caído sobre Dios mismo. ¡Oh! ¡Acordaos, pobres insensatos, acordaos que Dios es un Dios poderoso, un Dios celoso que puede y quiere castigar a sus adversarios! Un Dios que, al no darse cuenta de él, es hacerse uno asesino de su propia alma, o bien procurarse la sentencia de muerte e inclinada la cabeza, precipitarse hacia la perdición .. ¡Oh, deplorable ceguera de las almas que viven y mueren sin darse cuenta de Dios, y prefieren su labranza y sus negocios a los tesoros del evangelio!

Piensa, desgraciado oyente, que si no haces caso de Dios, ni de Cristo, ni del evangelio, pruebas con ella que las *solemnes realidades del mundo venidero* son para ti como si no existieran, y ten presente también que, quien se burla de Cristo, se burla del infierno, pensando que sus llamas no son más que una palabra y sus tormentos una metáfora; se ríe de las lágrimas abrasadoras que surcan para siempre jamás los semblantes de los réprobos; se burla de sus gritos y maldiciones, de sus lloros y crugimientos de dientes, que constituyen el único concierto de las almas perdidas. . . ¿No hacer caso del infierno? ¡Oh! ¿No es esto el colmo de la locura, lo mismo que el colmo del endurecimiento?

Considera, además, pobre pecador, que cerrando el oído a los llamamientos divinos, menosprecias el cielo; el cielo, objeto de las aspiraciones de los hijos de Dios; ¡el cielo donde reina una gloria tal que no hay nube que la empañe, y una felicidad tan grande que no puede turbarla ningún suspiro! Rehúas con desdén la corona de vida, huellas con pie profano las palmas de triunfo, y tienes en poco el ser salvo, en poco el ser glorificado. Ah, cuando estés en el infierno y los cerrojos del inflexible destino se hayan cerrado, entonces comprenderás que no es

cosa fácil reírse de las penas eternas. Y cuando hayas perdido el cielo y su felicidad; cuando los cánticos de los bienaventurados, cual eco débil y lejano lleguen hasta tu oído, aumentando, si cabe, tu desesperación, entonces reconocerás, aunque tarde, que valla la pena pensar en el cielo. Ved ahí, pues, de lo que no se cuidó el hombre que desprecia la religión del evangelio y desconoce el valor de su alma y la importancia de su destino eterno.

"Pero," dirán tal vez algunos, "predicador, nos estás injuriando. Nosotros no somos hostiles a la religión de Dios, respetamos a sus ministros y observamos los días de descanso." Esto es posible, amigos míos y quiero creer que así es; mas, en nombre de mi Maestro, no voy a disculparos, por haber cometido el gran pecado que estamos estudiando juntos y que consiste en no cuidarse de Cristo y de su evangelio. ¡Escuchad!

## II.

### *¿Cómo se manifiesta el que no se hace caso de Cristo?*

Esto puédesse manifestar de diferentes maneras.

En primer lugar, y en el sentido más sencillo, no se hace caso de las cosas de la salud eterna, cuando se asiste a la predicación del evangelio sin prestar la atención debida. ¡Cuántas gentes hay que parecen frecuentar nuestros templos y capillas con el solo objeto de entregarse a las dulzuras de una agradable siesta! ¡Qué insulto al Rey de los reyes! ¿Osarían entrar en el palacio de un monarca terrestre pidiéndole audiencia y después quedarse dormidos en su presencia? Y esto, que se avergonzarían de hacer ante un rey de la tie-rra, lo hacen sin el menor escrúpulo delante del Rey del cielo. Otros no duermen, es verdad, pero por eso no son mejores que aquéllos, porque oyen al siervo de Dios con distracción e indiferencia, como si sus pala-bras no les concerniesen en nada; pues lo que hiere sus oídos, no alcanza sus conciencias, y lo que penetra en el cerebro, no llega hasta el corazón. Cada vez que escucháis el evangelio sin atención y recogimiento, tenedlo bien entendido, estimados oyentes, os burláis de Cristo. ¡Ay! ¡Cuánto no darían las almas perdidas por oír una vez más los llamamientos de la misericordia divina! ¡Qué no daría ese moribundo colocado al borde del sepulcro, si pudiese ver amanecer de nuevo uno de esos domingos de los cuales otras veces hizo tan mal uso! ¡Cuánto no darías tú mismo, pobre pecador, cuando te halles sobre la margen del Jordán, si pudieras recibir todavía una invitación de la gracia u oír, aunque fuera por última vez, al ministro de Dios hablarte de la esperanza y del perdón!...

Mas, puede ser que algunos me dirán, que escuchan con seriedad y aun algunas veces con atención al evangelio y otras hacen realmente caso de él; pues he visto hombres estremecerse al oír una predicación poderosa, como si los truenos del Sinaí hubie-sen retumbado en sus oídos; he visto abundantes lágrimas brotar de sus ojos, lágrimas benditas que revelaban la viva emoción de sus corazones. Entonces, admirado, me he dicho a mí mismo: "¡Oh, maravilloso efecto de la Palabra de Dios en las almas!" Pero hay una cosa que me ha admirado más todavía que el ver llorar a mis oyentes; y ha sido el contemplar cuán pronto la mayor parte de ellos secan sus lágrimas y las olvidan... Si pues, hermano mío, ahogas las solemnes impresiones que puedes haber recibido en la casa de Dios, debes saber que te burlas de Cristo y de su evangelio, tanto como puede hacerlo el burlón impío. Te suplico que medites y tengas temor de que tus vestidos sean manchados con la sangre de tu propia alma, y hayas de oír respecto de ti en el día postrero: "¡Tú mismo te has perdido, oh Israel!"

Pero, hay personas que escuchan la Palabra, y aun parece que la reciben; mas ¡ay!, *su corazón está dividido*. Pues, quien no pone a Cristo en el centro mismo de su corazón, muestra evidentemente que no hace caso de él. Aquél que no da a Cristo sino una pequeña parte de sus afecciones, le desprecia y le ofende, porque Cristo lo quiere todo o nada. Aquél que parte su corazón entre Cristo y el mundo, insulta a Cristo de la manera más grave, porque prueba con esto que, a su parecer, Cristo no es digno de poseer el todo. ¡Oh, hombre carnal, tú, que eres religioso

a medias y profano a medias, tú, que eres algo serio, mas muy a menudo frívolo, que parece algo piadoso y a menudo mundano, hombre carnal, te digo que te estás burlando de Cristo! Y tú, que lloras el domingo, y el lunes vuelves a tus pecados; tú, que prefieres el mundo y sus placeres a Cristo y su ley santa, ¿qué haces, te pregunto, sino ultrajar al Señor de gloria? Mis queridos oyentes, os ruego encarecidamente en este instante, que os preguntéis, como si estuvierais en la presencia de Dios: "¿Soy yo este hombre? ¿he hecho esto con Cristo?..." En cuanto al hombre que se cree justo y pretende compartir con el Señor la gran obra de la salvación, sólo diré una palabra, y es que, a pesar de todas sus relumbrantes virtudes y a pesar del oropel de sus buenas obras, le miro como el despreciador por excelencia del evangelio, y digo a cuantos se le parecen: ¡Temblad! Porque Dios no tendrá por inocente a aquél que ya ha intentado desvirtuar la obra de su Hijo.

Tampoco se hace caso del Señor Jesús, *cuando se hace profesión de piedad, y por la conducta, se deshonor esta profesión.* Miembros de nuestras iglesias, tenéis gran necesidad de ser zarandeados como se zarandea el trigo, porque hay mucho tamo entre vosotros. ¿Qué digo? Peor que esto, y en verdad que seria hacer demasiado honor a ciertos miembros de nuestras iglesias comparándoles al tamo, por cuanto ellos no han tenido jamás nada en común con el trigo; pues ellos no son otra cosa sino cizaña. Ellos forman parte de una asamblea cristiana, como formarían parte de una asociación comercial, con tal que pudieran sacar algún beneficio de ello. Ellos cumplen con celo los deberes exteriores de la religión, a fin de ser vistos de los hombres; comulgan, a fin de ganar la consideración general; parecen seguir a Jesucristo, mas en realidad no tienen otra cosa a la vista que los panes y los peces. ¡Ah!, hipócrita, tú te burlas de Cristo, si no ves en él más que un medio de elevarte en el mundo. Te engañas, si imaginas poderte servir del Hijo de Dios como de un instrumento para mejorar tu posición social o llegar a la fortuna. Cristo no se ha encargado de conseguir para sus discípulos otra cosa que el cielo, y la religión está destinada a procurarnos la felicidad, no para el tiempo, mas para la eternidad; a hacer bien, no al cuerpo, sino al alma. Todos los que quieren servirse de ella con miras carnales y utilitarias, menosprecian vergonzosamente la obra de Cristo. Y también éstos, cuando al postrero día el Rey del cielo afilará sus armas para castigar a sus enemigos, que menospreciaron su autoridad soberana, serán despedazados como los demás.

### III.

Ya es tiempo, queridos oyentes, que propongamos una tercera cuestión: *¿Por qué los invitados de la parábola, no hacen caso del mensaje del rey?*

Ellos obraron así por diversos motivos.

Los unos lo hicieron por *ignorancia*. Ignoraban cuan exquisita era la cena, cuan afable era el rey y benévolo el príncipe; pues de haberlo sabido, es muy probable que su conducta hubiera sido diferente. Lo mismo sucede en el mundo. Sin duda alguna, hay entre los que me oyen una multitud de almas que no hacen caso del evangelio, porque no lo comprenden. Muchos se mofan de la religión, pero pídeles explicación de lo que es esta religión, y pronto sabrás que la mayoría de ellos no la conocen más que como algo ilógico y abstracto. Ponen el evangelio en ridículo, simplemente porque no comprenden ni tan siquiera su primera palabra, tratándose de materia superior a su alcance. He oído hablar de un bobo que, cada vez que se leía el latín en su presencia, reía estrepitosamente pretendiendo que era un chiste ya que tan extraños sonidos, no podían encerrar ningún sentido. Así obran algunos al oír el evangelio. No lo comprenden, ni en lo mínimo, y por eso se ríen de él. "Los cristianos, dicen, son unos locos." ¿Son locos? Pues yo os suplico que me digáis por qué lo son. ¿Será, tal vez, porque no los comprendéis? ¿Estáis bastante infautados con vuestro propio mérito, para creer que fuera de vosotros no puede haber ni sabiduría ni ciencia? Cuidado, pues, que la locura bien podría estar de vuestro lado. Mas si en cambio, me contestáis, como Festo a Pablo: "Las muchas letras te vuelven loco," os haré notar que, es tan fácil ser loco no sabiendo nada, como sabiendo mucho. Os lo repito: la ignorancia en

materias religiosas es una de las causas principales de ese desprecio por el evangelio, que tanto reina entre las masas. ¡Oh! queridos amigos, si supierais qué buen Maestro es Jesús si supierais cuán dulce es el evangelio; si comprendierais que nuestro Dios es un Dios de amor; si pudieseis gustar, aunque sólo fuese durante una hora, los inefables goces de la vida cristiana; si una sola de las promesas divinas fuese aplicada a vuestro corazón por el Espíritu Santo, ¡oh! entonces, lo afirmo, apreciaríais el evangelio que predicamos. Decís que no lo amáis; pero ¿lo habéis gustado alguna vez? ¿Es razonable despreciar la bebida con la cual jamás se han humedecido los labios? Pues dicha bebida puede ser mucho mejor de lo que uno piensa. ¡Oh! "*Gustad, y vea cuán bueno es Jehová.*" Gustad, y cuanto más en verdad lo hagáis, con tanta más verdad también saborearéis inexplicables delicias.

Tocante a mí, puedo decir que espero mucho de esas pobres almas que no hacen caso del evangelio a causa de la ignorancia. Pues espero que, cuando la verdad les sea claramente anunciada, el Señor se dignará en su amor revelarse a las tales. Estimados míos, huid de la ignorancia y buscad la instrucción; acordaos que, *el alma sin ciencia no es buena.* (Prov. 19:2). Haced todo lo posible para conocer a aquél que es la vida eterna, y cuando le conozcáis, lejos de tratarle con indiferencia o desdén, le encerraréis en el corazón como vuestro máspreciado tesoro.

Pero, probablemente, hubo también invitados que rehusaron obedecer el llamamiento del rey *por orgullo.* "¿Tenemos acaso necesidad de la cena de tu señor?" dirían con marcada altivez al mensajero que les fue enviado. "Entra en nuestras casas y te haremos ver cómo no nos falta buena comida. Mira, nuestras mesas están tan bien provistas como en las que más abundan los buenos manjares; por lo tanto, sin querer hacer agravio a Su Majestad, podemos asegurar que no nos podría ofrecer alimentos más sabrosos que los nuestros. ¿Por qué, pues, habremos de ir a buscar fuera lo que tenemos en casa?" De este modo, el orgullo les privó de aceptar la real invitación. Lo mismo sucede con algunos entre nosotros. ¡Qué! ¿ir a Dios para ser lavados de vuestros pecados? Pues si decís que jamás habéis sido manchados. ¡Qué! ¿aceptar ofertas de perdón? Pues si vosotros no tenéis nada que se os haya de perdonar. ¡Qué! ¿rechazar la gracia de Dios? Pues ¿no es un insulto hablar de gracia a hombres como vosotros? Si hemos de dar crédito a vuestras palabras, estáis dotados de una excelencia tan extraordinaria, que a decir verdad, el mismo ángel Gabriel tendría motivos de avergonzarse en vuestra presencia. "¡Id al borracho!" decís con desdén. "¡Id a la mujer de mala vida!" Si estos aceptan una salvación gratuita, nada extraño, porque tienen gran necesidad de ella, pero en cuanto a mí, yo soy un hombre justo, íntegro y digno de consideración. *Yo soy rico, y no tengo necesidad de ninguna cosa* (Apoc. 3:17); pues cumplo escrupulosamente mis deberes religiosos. Es verdad que alguna vez me permito algún desvío, mas tengo cuidado en repararlo en seguida. Alguna vez se enfría mi fervor, mas pronto procuro volver a ganar lo perdido, en una palabra, no tengo nada que reprocharme. Así, pues, no he dudado jamás que la puerta del cielo esté de par en par abierta para recibirme. En verdad que no me maravilla, mi querido oyente, que desprecies el evangelio, por cuanto sus doctrinas están en completo desacuerdo con los pensamientos de tu corazón. El evangelio te enseña que estás del todo perdido, que tus propias justicias sólo son trapos de Inmundicia, de suerte que te será tan imposible ir al cielo fiado en tus méritos, como atravesar el océano sobre una hoja de árbol. Y en cuanto a hacerte un vestido de tus buenas obras, tanto te valdría presentarte a la corte envuelto en una telaraña. ¡Pobre alma! Te digo que es tu orgullo, tu deplorable orgullo, que hace que te burlas de Cristo. ¡Que el mismo Señor se digne arrancártelo! Has de saber, además, que este orgullo vendrá a ser para ti, la tea fatal que prenderá el fuego que jamás se apaga. Ten cuidado del orgullo, detéstalo, recházalo con todas tus fuerzas, que por el orgullo el hombre, creado a imagen de Dios, caerá del mismo modo en el abismo de perdición, reservado a los que habrán despreciado al "Hijo del Rey".

Hay otra causa que, sin duda, impidió a gran número de los invitados de la parábola a que tuvieran en cuenta el mensaje del soberano, ésta fue: *su incredulidad.* "¿Qué pensaremos de todo esto?" di-ríanse unos a otros. "¡Qué! ¿el rey ha preparado una gran cena? Francamente, esto sí

que es extraño. ¡Cómo! ¿el joven príncipe se casa? La cosa es muy dudosa. ¡Y qué! ¿Todos somos invitados a las bodas? ¡Mensajero, tú te burlas de nosotros, traes un cuento increíble!" De esta manera acogen muchas almas la buena nueva de la gracia de Dios. "¡Cómo!" dicen a su vez, "¿Jesucristo ha muerto para expiar los pecados de los hombres? Nosotros no lo creemos. ¡Qué! ¿Un cielo? ¿quién puede estar seguro de que exista? ¿Una eternidad? ¿Cuál es el alma que ha vuelto del mundo de los espíritus? ¡Qué! ¿Es la religión la fuente de la felicidad? Nosotros afirmamos, por el contrario, que vuelve a uno triste y melancólico. ¡Qué! ¿Las promesas de Dios están llenas de dulzura? ¡Todo esto es vano lenguaje! Nosotros creemos en los goces del mundo, pero no en los que pretendéis sacar de las fuentes del evangelio." De esta suerte, los hombres rehusan desdeñosamente la salvación de Dios, a causa de su incredulidad. Si tuviesen un poco de fe en las verdades que la Escritura nos revela, evidentemente su conducta sería del todo diferente. Porque desde el momento que estoy íntimamente persuadido de que si muero, sin conversión, caeré infaliblemente en el abismo de perdición, ¿creéis que no temblaré, viéndome perdido? Y desde el día que crea con toda mi alma que hay un cielo, preparado para los que aman al Señor, ¿pensáis que podré dar sueño a mis ojos y reposo a mis párpados mientras estoy llorando mucho porque este cielo no es mío? Oh, amigos míos, ahora puede la incredulidad privaros de hacer caso de Cristo, mas pronto no podré hacerlo, ya que en el infierno no hay incrédulos, pues allí todos son creyentes. Muchos de los condenados fueron incrédulos durante su vida terrena, pero ahora no lo son, puesto que el fuego del infierno es demasiado ardiente, para que se pueda poner en duda su realidad. Le será muy difícil a un hombre, atormentado por las llamas, negar la existencia del fuego. Difícil será para el escéptico, que tiembla bajo la mirada consumidora de Jehová, el no creer que hay un Dios. ¡Convertíos, incrédulos! o más bien, quite Dios mismo la incredulidad de vuestro corazón! Porque ella es la que os hace despreciar a Cristo, y quien desprecia a Cristo, pierde su alma.

Otra clase de invitados (y tal vez más numerosa) no hicieron caso de la cena real, porque *estaban demasiado absortos en sus quehaceres*. En lugar de seguir al mensajero, se fueron uno a su labranza, y otro a sus negocios. Hace poco me hablaron de un rico capitán de navío, que recibió la visita de un hombre piadoso. "Y bien, amigo mío," le dijo éste, "¿cómo estáis del alma? ¡Mi alma! En verdad," contestóle el capitán, "¿cómo tendré yo tiempo para pensar en mi alma? ¡Tengo bastante que hacer con mis buques!" Como una semana después de esta conversación, hubo de tener tiempo para morir aquel rico. El Señor le llamó a comparecer ante su presencia, y creemos que el desgraciado oyó estas solemnes palabras: "Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma: y lo que has prevenido, ¿de quién será?" (Luc. 12:20). Oh comerciantes, gente de negocios, ricos de este mundo, ¿cuántos hay entre vosotros que estáis inclinados día tras día sobre los libros de comercio y no leéis jamás la Biblia? Dícese que el dios de la América es el omnipotente *Dólar*. No sé si me equivooco, pero creo que de este lado del Atlántico, los adoradores de *Mammón* no son más raros; que muchas gentes rinden asiduamente culto al omnipotente billete de banco, y el libro que tan religiosamente llevan en la mano, no es el libro de oración, sino su libro de cuentas. Aun el mismo domingo, hay algunos de mis feligreses cuya piedad pasa por ejemplar, quienes, en lugar de irse a la casa de Dios, emplean voluntariamente su mañana calculando los beneficios de la semana, o en velar por sus negocios. "¿Orar?" dicen, si no en voz alta, al menos entre sí mismos, "¿orar?" no tenemos tiempo para ello: es menester ganar ante todo. ¡Qué! ¿leer la Biblia? no, esto es imposible: yo debo velar sobre mis intereses, examinar mis libros e ir a la Bolsa. Es verdad que leo el periódico, pero leer la Biblia no puedo. Verdaderamente, es muy lógico queridos amigos, que el huésped inesperado, que se llama muerte, pueda venir de un momento a otro y destruir todos vuestros cálculos y proyectos. Si habéis puesto en arriendo vuestra vida, si Dios se ha comprometido, por ejemplo, a dejaros sobre la tierra noventa y cuatro años, a partir de cierto día, seréis muy culpables de pasar la mitad de este tiempo sin cuidaros del alma. Mas, considerando que podéis, cualquier día y cualquier hora del día, recibir la orden de partir de este mundo, que la duración de vuestra vida depende enteramente de la

voluntad de aquél que os la dio, ¿no es, yo os lo pregunto, dar prueba de incalificable sandez, de locura sin igual, el vivir únicamente cuidándoos de los miserables intereses de la tierra? ¿Quién podrá decir el número de almas que ha matado el demonio de la mundanalidad? Dios quiera que no perezamos por nuestro mundanismo.

Existe otra clase de oyentes del evangelio, que no puedo caracterizar mejor que diciendo, que son *la ligereza misma*. Si les preguntáis lo que piensan de la religión, pronto echaréis de ver que apenas piensan en ella. Estos no le son enemigos, ni se burlan de la verdad; pero jamás les viene al espíritu el intento de tomarla en serio. Móviles e inconstantes como la mariposa, consumen su vida volando de acá para allá, tocando todas las cosas sin fajarse en ninguna. Jamás hacen cosa alguna ni para ellos mismos, ni para los demás, pues su existencia es una especie de perpetuo remolino. Y es forzoso convenir en que, estas personas están, por lo general, poseídas de un natural amable; ellas de buen grado se suscriben a las obras de beneficencia; y ya sea que se les pida algo para la construcción de una iglesia o bien para una fiesta mundana, dan voluntariamente su moneda de oro. Por mi parte, y dígolo sin vacilación alguna, si hubiese de principiar de nuevo la vida y me fuera permitido escoger el carácter con el cual quisiera nacer, no escogería éste que acabo de describir; porque creo firmemente que los hombres plácidos e irreflexivos son los que, humanamente hablando, tienen menos probabilidades de ser salvos. Confieso que no me desagrada tener que habérmelas, de vez en cuando, con algún audaz enemigo del evangelio, por cuanto su corazón es duro como un pedernal, y sé que el primer choque del poderoso martillo de la Palabra de Dios puede hacer añicos y desmenuzar dicho pedernal. Empero las personas de quienes hablo, tienen el corazón verdaderamente de goma elástica: las tocáis, pues ceden; las volvéis a tocar de nuevo, y ceden también, siendo del todo imposible producir en ellas la menor impresión duradera. ¿Están enfermas y las vais a visitar? Pues bien, os contestarán con un sí a todas vuestras exhortaciones. ¿Queréis hacerles sentir la importancia de la piedad? A todo os contestarán que sí.

¿Les habláis del infierno que les amenaza o del cielo que se les ofrece? Os contestarán como siempre: sí. Si cuando se hallan restablecidas, les invitáis a recordar las buenas resoluciones que pudieran haber concebido en el lecho del dolor, os dirán que sí, de suerte que, a cuanto se les diga y a cuanto se les haga, su respuesta será invariablemente la misma, como ya hemos visto. Oyen al ministro del evangelio con cortesía y decencia, pero todas sus palabras se deslizan sobre su corazón sin dejar en él el menor vestigio. Procurad llamarles la atención a sus propios desaciertos y pecados particulares, y consentirían a todo, pero, por desgracia, no se apropiarán de nada. Todo lo aprobarán, mas se quedarán insensibles. ¡Ah! tiemblo por tales almas. Repito que tiemblo más por ellas que por los incrédulos declarados. Ved, por ejemplo, un rudo marino que, de vuelta de sus viajes a tierras lejanas, entra por casualidad en un local donde se celebra culto, un marinero que ha sido hasta el presente un renegado, un blasfemo, un impío; mas apenas el amor de Cristo le ha sido anunciado, el corazón del tal hombre se despierta y se quebranta bajo la acción poderosa del Espíritu de Dios. A su lado se halla, tal vez, un joven que frecuenta regularmente el culto, cuya conducta es honesta y pasa por religioso, quien se dice a si mismo: "Sé de antemano todo lo que el ministro nos quiere decir, por cuanto mi propia madre me ha instruido y mi abuelo me hizo aprender la mitad de la Biblia de memoria. Si vengo aquí, es únicamente por respeto a sus deseos y a su memoria, y además porque creo que la religión es buena, sí, para los días de prueba y los años de vejez; pero a mi edad, nadie se ocupa de ella; aún me queda tiempo, más tarde pensaré..." ¡Ay de vosotras, almas frívolas e indiferentes, porque los incrédulos y los públicanos os adelantarán al reino de los cielos! En mi mente os comparo con la reserva del ejército de Satanás; sois sus tropas leales, sus soldados predilectos, y él os gobierna y os guarda a su lado. Cierto que no os envía, como hace con el blasfemo, al fragor de la batalla, pero en cambio os dice: "Estaos cerca de mí, y si el enemigo os amenaza, yo os revestiré de impenetrable armadura." De este modo, por más que con toda fuerza los dardos del evangelio silben en vuestros oídos, por más que den contra vosotros alcanzándoos, ninguno penetrará la



coraza de vuestra indiferencia, porque tenéis el corazón invulnerable... o más bien, está en otra parte. Os parecéis a una crisálida cuyo insecto ha desaparecido, y cuando venís a la casa de Dios, cuando los acentos de la buena nueva hieren vuestros oídos, no hacéis caso de nada, porque vuestro espíritu es demasiado ligero para darse cuenta de ello.

Es menester, también, que diga algunas palabras respecto a otra clase de personas no menos insensatas. Hay hombres que se burlan del evangelio con *espíritu envalentonado o por pura temeridad*. Aseméjense, no al *hombre prudente* de que habla Salomón que *ve el mal y se esconde*, sino a los *simples, que pasan y reciben el daño*. (Prov. 22:3). Marchan por un sendero peligroso y oscuro, lo saben perfectamente, pero avanzan siempre sin parar. Puédese, tal vez, poner el pie aquí, pues lo ponen; el terreno les parece más firme allá, pues se arriesgan; más lejos un abismo tenebroso se abre delante de ellos, no importa, dan todavía un paso más; y puesto que después de haberlo dado se hallan sanos y salvos, no ven los motivos por qué no han de dar otro. Así suponen que, como su seguridad ha durado por largos años, durará para siempre. Y puesto que viven todavía, confían que no morirán jamás. Así es que, por una temeridad que raya en locura, creen mortales a todos los hombres excepto a sí mismos, continuando de día en día, de año en año, burlándose del peligro y despreciando las invitaciones de la gracia. ¡Temed, almas presuntuosas! Porque el día viene cuando recogeréis los frutos de vuestra demencia.

En fin; por más que sea cosa extraña, hay gentes que no aprecian el evangelio, *por la razón de que está al alcance de todo el mundo*. Es predicado casi por todas partes. No faltan ocasiones para oírlo. Respecto a la Biblia sucede, que se halla perfectamente difundida en nuestros días, dando por resultado que cada cual puede leerla en su propia casa, y debido a ello muchos no la estiman. Si existiera un solo ejemplar de la Biblia en todo el mundo, ¿no es verdad, queridos amigos, que os afanaríais por leerla? Mas, (¡oh inconsecuencia del espíritu humano!) porque tenéis Biblias en abundancia, rehusáis leerlas; porque los tratados religiosos son tan abundantes, no hacéis caso de ellos; y porque se predica el evangelio en todas partes, no queréis escuchar las predicaciones. ¡Cómo! ¿Apreciáis menos el sol, porque esparce a lo lejos sus rayos? ¿o el pan, porque es el alimento que Dios da a todos sus hijos? ¿o el agua, porque cada fuente os procura el líquido fresco que os apaga la sed? ¡Ah! si tuvierais sed de Cristo, os regocijaríais de que su nombre fuese proclamado por toda la tierra; y lejos de despreciarle a causa de esto, le amaríais aún más.

*Pero ellos no se cuidaron, y se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios.*

¿Cuántas almas tengo delante de mí que obran como los invitados de la parábola? ¡Ay! Grande es su número sin duda. Mas antes de separarnos, permitidme dirigiros una última advertencia.

Pecador, que te burlas de Cristo, la hora se acerca, tenlo presente, cuando maldecirás tu locura. Cuando estés en tu lecho de muerte, cuando el rey de los espantos te haya cogido con su mano glacial y te arrastre al río sombrío, ¿qué será de ti? Cuando la retina de tus ojos se rompa, cuando los sudores de la muerte cubran tu rostro, ¿qué harás?... Acuérdate de tu última enfermedad. ¡Cómo temblabas entonces ante la idea de comparecer delante de Dios! Cuando presenciaste la última tempestad ¡qué turbación, qué terror secreto turbaba tu alma, en tanto que repetidos relámpagos iluminaban tu cámara y la poderosa voz de Dios resonaba en el espacio! ¡Ah! pobre alma, si ha temblado por tan poca cosa, ¿qué será de ti cuando vean levantarse el fantasma de la muerte sobre la almohada de tu lecho y sientas cuan imposible te es escapar de su féretro abrazo? ¿Qué va a ser de ti, si no tienes un refugio donde guarecerte, ningún Salvador para protegerte, ni sangre expiatoria para lavar tu alma impura?... Además, te prevengo, que *tras la muerte viene el juicio*. ¡Hora solemne aquella, hora tremenda entre todas, para quien se ha burlado de Cristo! ¿Veis aquel ángel que cruza el cielo de una a otra parte? Sus alas son de llama de fuego y en su mano hay una espada de dos filos. Oh, dínos, espíritu celeste, ¿a dónde se dirige tu rápido vuelo?... ¡Escuchad... Oyese la vibración de un sonido, el más estrepitoso y más terrible de cuantos la lengua humana puede emitir. Es el son de la última trompeta. ¡Mirad! Los muertos

se precipitan fuera de sus sepulcros. Sobre las nubes, aparece un carro de triunfo uncido por querubines, y sobre este carro se halla sentado el Príncipe, el Rey... Oh, di, ángel del cielo, ¿qué será del hombre que se burló de Cristo y no ha hecho caso de sus llamamientos, en aquel día terrible?... ¡Mirad! El ángel levanta su amenazante espada: "¡Como la hoz siega la cizaña con el trigo," grita, "así esta valiente espada separará todos los enemigos del Cristo; y como el segador reúne la cizaña y la ata en gavillas para ser quemada, así este robusto brazo precipitará los burladores del evangelio en ese lugar de tinieblas eternas donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga!"

Queridos amigos, yo os suplico que toméis estas cosas en serlo. Tal vez al salir de este templo iréis a burlaros de las palabras del servidor de Dios, o cuando menos a olvidarlas. ¡Ay! ¿qué puedo hacer más que advertiros nuevamente de vuestros peligros? Pecador, te lo suplico por última vez, ¿qué harás en el día del juicio si acaso te hallas comprendido en el número de los que se han burlado de Cristo? ¿Qué harás si el justo Juez te dirige esta justa sentencia: "Apártate de mí, maldito?" ¿Qué harás si el abismo de desesperación se cierra sobre tu alma, y tienes que unir tus gemidos a las espantosas lamentaciones de la multitud de los condenados? ¡Oh pensamiento abrumador! ¡Hallarse en el infierno, sabiendo que es por la eternidad!... ¡Pecador! En este preciso momento, todavía vengo a anunciarte el evangelio de salud. Vengo a invitarte, de parte de mi Maestro, al banquete de amor que él ha preparado para los hijos de los hombres. ¡Oye su llamamiento, y Dios quiera concederte la gracia de recibirle, de tal modo que seas salvo! Está escrito: "El que creyere (esto es, que confía en Jesús) y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." (Marc. 16:16). ¡Que jamás hayas de conocer por experiencia el sentido de esta última palabra: *Condenado!*

*Jesus Christ Cannot Be Mocked - Spanish*